

La necesidad de corregir nuestros errores // Estamos Contigo

Introducción al programa y la desobediencia humana

El programa «Estamos Contigo» es un espacio destinado a la reflexión sobre la vida y la relación con Dios, buscando siempre que esta guía divina permita continuar el camino con esperanza y propósito. Muchos seres humanos, incluidos líderes y gobernantes, caen en la obstinación y la desobediencia, creyéndose capaces de superar a Dios y actuando con ceguera espiritual. Esta actitud no solo genera perjuicio personal, sino que también extiende sus efectos a quienes los rodean, alimentando la influencia de fuerzas negativas como Satanás. Sin embargo, la misericordia de Dios ofrece la oportunidad de reconocer la verdad, arrepentirse y humillarse, tal como lo experimentó el autor del programa. Esta humildad es el primer paso para transformar la vida y evitar consecuencias espirituales y materiales. La reflexión diaria y la apertura al Espíritu Santo son esenciales para quienes desean caminar rectamente ante Dios. En definitiva, el mensaje central es que la obediencia y la humildad frente a Dios son caminos hacia la paz y la corrección interior.

Consecuencias de la obstinación y la misericordia divina

Un corazón obstinado y soberbio genera consecuencias graves, no solo para la persona que lo posee, sino también para quienes lo rodean. La obstinación se asemeja a un suicidio

espiritual, donde la acumulación de errores puede conducir al fracaso físico, psicológico y moral. La vida se compone de una serie de aciertos y equivocaciones; si estas últimas no se corrigen a tiempo, tienden a multiplicarse y profundizarse, generando un círculo de desdicha y pérdida. La misericordia de Dios actúa como un freno frente a esta trayectoria destructiva, ofreciendo la posibilidad de rectificación y reconciliación. Sin esta intervención divina, el juicio es inevitable y puede derivar en consecuencias irreversibles para el alma. Reconocer los errores y rectificarlos a tiempo es una condición esencial para la salvación y la paz interior. Por eso, la reflexión sobre la propia conducta es un acto de supervivencia espiritual y emocional.

La rectificación como proceso espiritual y práctico

Rectificar implica mucho más que cambiar de opinión; es un proceso profundo de corrección y alineación con la justicia y la verdad. Así como un motor se quema si no se cuida correctamente, la vida también requiere ajustes constantes para evitar daños mayores. Dios actúa como el arquitecto que guía la vida humana, buscando que cada persona sea recta y justa, corrigiendo torceduras espirituales y morales a través de la guía del Espíritu Santo. La rectificación debe practicarse varias veces al día, revisando pensamientos, actitudes y acciones, y no se trata de justificar el pasado, sino de mejorar y enderezar lo que está mal. Este proceso evita que los errores se propaguen y se conviertan en raíces de maldad o desgracia. Así, la rectificación no es un acto puntual, sino un hábito de vida que permite crecer en justicia y cercanía a Dios. La constancia y la sinceridad en este camino son fundamentales para el desarrollo espiritual.

Fundamentos bíblicos de la justicia y la rectitud

La Biblia resalta la importancia de la justicia y la rectitud como base para vivir conforme a la voluntad de Dios. En Isaías 26 se subraya cómo Dios derriba a los que se oponen a la justicia y humilla a quienes se exalten injustamente. El camino del justo está marcado por la rectitud y la verdad, y la balanza divina evalúa a cada persona según sus acciones. La justicia no es solo un ideal, sino una protección frente al castigo divino; aquellos que se obstinan en el mal enfrentan consecuencias inevitables. La rectitud no depende únicamente del comportamiento externo, sino de la intención interna y de la coherencia entre pensamiento, palabra y acción. Practicar la justicia permite vivir en armonía con Dios y con los demás, evitando la ruina espiritual. Este fundamento bíblico orienta a la rectificación personal y a la búsqueda de la excelencia moral.

La importancia de la humildad y la rectificación personal

La humildad es un elemento esencial para reconocer errores y rectificar la propia conducta. Solo quien tiene disposición para aceptar sus faltas puede aspirar a la justicia y la rectitud. La falta de sabiduría y el orgullo conducen a la obstinación, multiplicando la maldad y los errores, como advierte el Salmo 19. Muchas veces los errores no se recuerdan por olvido, sino por resistencia a enfrentarlos, lo que impide rectificar y buscar el perdón. Los pequeños fallos, aunque parezcan insignificantes, pueden tener repercusiones graves si no se corrigen a tiempo. La verdadera humildad permite reconocer las propias faltas, pedir perdón y esforzarse por mejorar, siendo más severos con nuestros errores que con los de otros. Este proceso es clave para alcanzar la santidad y la

cercanía a Dios, quien atiende al humilde y mira de lejos al altivo, según el Salmo 138.

La soberbia y sus consecuencias espirituales

La soberbia genera ceguera moral y dificulta la relación con Dios y con los demás. El orgulloso se siente superior y exige justicia según sus propios criterios, ignorando la misericordia divina. Esta actitud puede llevar a la caída y al endurecimiento del corazón, como se observa en las enseñanzas de Job y en ejemplos bíblicos históricos. La falta de conciencia sobre las propias faltas es uno de los mayores peligros del orgullo, ya que impide el arrepentimiento y la rectificación. La humildad, en cambio, permite reconocer errores, pedir perdón y aspirar a mejorar continuamente. Es la base de todas las virtudes y el camino hacia la verdadera sabiduría. Sin humildad, los esfuerzos de rectificación se vuelven superficiales y los errores tienden a repetirse, perpetuando la injusticia y el sufrimiento.

Ejemplos bíblicos de rectificación y perdón

La historia bíblica ofrece múltiples ejemplos de rectificación y perdón que requieren humildad y disposición a reconocer el pecado. Judas quiso rectificar, pero careció de la misericordia necesaria y no pudo concretarlo. Saúl intentó rectificar, pero su orgullo y falta de humildad impidieron su verdadera transformación, mientras David demostró grandeza perdonando sus faltas. La experiencia de Adán, Eva y Saúl muestra que sin gracia divina, el arrepentimiento puede ser insuficiente, y los errores tienden a repetirse. Estos ejemplos ilustran que el perdón y la rectificación dependen tanto de la disposición del individuo como de la intervención

de Dios. Aprender de estas historias fortalece la conciencia espiritual y la capacidad de corregir los propios fallos. La humildad y la disposición al cambio son, por tanto, esenciales para alcanzar la paz interior.

El fanatismo y la imposibilidad de arrepentimiento

El fanatismo extremo genera una obstinación que impide reconocer errores o cambiar de voluntad. Los fanáticos actúan de manera obsesiva y tericamente, como si estuvieran marcados por una voluntad satánica, y solo persiguen objetivos dictados por sus líderes. Este comportamiento recuerda a la naturaleza del alacrán: dañino por esencia, sin conciencia de la posibilidad de cambio. La rigidez del fanático impide la rectificación, incluso frente a consecuencias graves. Su carácter cerrado los coloca en un camino de repetición constante del mal, limitando cualquier posibilidad de aprendizaje o arrepentimiento. La reflexión sobre este comportamiento muestra la importancia de la humildad y la apertura espiritual para evitar caer en actitudes similares. Reconocer la propia naturaleza y la necesidad de corrección es clave para la salud moral y espiritual.